

COMPARACIÓN NIETZSCHE- MARX

Del mismo modo que la de Nietzsche, la propuesta filosófica de Marx también es fuertemente crítica con el papel tradicional que la filosofía ha tenido en la historia de nuestra cultura. Y es que en el siglo XIX se produce un cambio de rumbo en la filosofía cuyo rasgo esencial consistió en lo que se ha llamado “conciencia desenmascadora”, y que no consiste tanto en dudar o rechazar teóricamente ciertas ideas como en desvelar lo que ocultan bajo diferentes “máscaras”, es decir, sacar a la luz los presupuestos en los que se basan tales ideas.

Este nuevo fenómeno está caracterizado por una postura crítica que se dirige, incluso, contra la propia filosofía. Se trata ahora de dudar, no al estilo cartesiano, sino de un modo más profundo y radical: se trata de poner en tela de juicio la legitimidad y supuesta objetividad de las ideas, pues esconden intereses diferentes a los puramente teóricos.

En esto consiste la denominada “filosofía de la sospecha”, de la que Nietzsche y Marx son claros y rotundos ejemplos. Los dos llevan esta actitud crítica hasta sus últimas consecuencias. La filosofía se convierte en sus manos en un instrumento de interpretación para hacer visible lo que está encubierto bajo racionalizaciones interesadas. La interpretación surge ahora como una estrategia de la sospecha, ataque y denuncia contra el fraude de las ilusiones, que ofrecen una falsa verdad, “una nebulosa de ideas”, como afirma Marx, o una serie de “ídolos”, como proclama Nietzsche. En realidad, se trata de plantear que las cosas son diferentes de cómo aparecen o se nos presentan y de admitir que no hay hechos absolutos o únicos, sino interpretaciones, como afirmaba Nietzsche.

En ambos autores esta tarea se presenta, además, como una especie de terapia, por lo que no se limitan a la construcción de una mera explicación teórica, es decir, ofrecen, entre otras cosas, un diagnóstico crítico y profundo de la sociedad y un proyecto terapéutico de transformación de los aspectos sociales, individuales o morales que enturbian y obstaculizan el desarrollo humano. La diferencia entre ellos va a estar en que, frente a la preocupación de Nietzsche por “curar” al individuo y a la humanidad de una cultura antivital y enfermiza, Marx se va a centrar en una terapia para el conjunto de la sociedad, asfixiada en sus propias contradicciones.

En efecto, para Marx, el modo de producción burgués, como cualquier otro modo de producción (o etapa histórica) se encuentra marcado por una profunda contradicción en su base económica: el conflicto o desajuste entre las condiciones de vida de los poseedores de los medios de producción (burgueses o capitalistas) y los desposeídos (trabajadores o proletarios). Tal antagonismo es estructural, es decir, no es el resultado de ninguna decisión individual por parte de los hombres que viven y trabajan en esa sociedad, sino el resultado de la posición que ocupan en la estructura económica de la sociedad.

Por ello, y dado que este antagonismo es cada vez más evidente e inhumano en el seno de la sociedad burguesa, las fuerzas productivas del conjunto de esta sociedad crean las condiciones materiales necesarias para la disolución del conflicto o antagonismo que ellas mismas representan a través de su carácter contradictorio, dialéctico. De ahí que

Marx afirma que el modo de producción burgués tiende a su destrucción debido a sus contradicciones internas, básicas, y que este hecho supondrá el fin del conflicto como rasgo determinante de la historia de la Humanidad, es decir, el modo de producción burgués es la última expresión concreta de una constante histórica basada en el conflicto y la injusticia social, una constante que Marx califica como “prehistoria de la sociedad humana”.

Previamente, Marx nos ha advertido del carácter estrictamente material en el que se desarrolla la vida humana, que no puede entenderse de modo abstracto, sino siempre en el marco de unas determinadas relaciones de “producción material y social de la vida”, las cuales pueden variar históricamente dado el carácter inevitablemente contradictorio de las fuerzas productivas en las que se polarizan. Y ello es así porque, para Marx, la naturaleza y el mundo social están ahí para ser transformadas por un ser humano que, por esencia, es actividad, trabajo, dimensión de la realidad humana que no tenían en cuenta ni las explicaciones puramente idealistas (como era el caso de la filosofía de Hegel) ni el “materialismo clásico”, que, para Marx, es una explicación teórica asimismo estéril pues describe la realidad en términos materiales pero no se preocupa por transformar esa misma realidad.

Así pues, el hombre está en medio de una realidad, rodeado de una naturaleza que no únicamente es “contemplada”, sino también transformada, y es en esta transformación donde se expresa la verdadera esencia del hombre. A través del concepto de *praxis* (actividad humana que transforma las cosas), Marx intenta superar la tensión de un idealismo demasiado alejado de las cosas y de un materialismo demasiado apegado a las mismas.

Como consecuencia de esta tesis, las ideas de los hombres ya no constituyen una esfera autónoma y directriz de la vida humana, sino que están estrechamente ligadas a las condiciones materiales de cada ser humano, especialmente al trabajo que realiza el hombre dentro de la sociedad y al lugar que ocupa dentro de la misma. Además, estas condiciones materiales están regidas por la dialéctica y por su carácter histórico (conceptos que, siendo heredados de Hegel, son transformados por Marx): la situación actual es sólo una más de las muchas que se han dado a lo largo de la historia (no debe ser interpretada, por tanto, como una verdad eterna) y puede interpretarse además como la negación de una configuración anterior que dará lugar a otra nueva, en la que se superarán algunas de las contradicciones presentes.

Así pues, el “*materialismo histórico*”, que es como se denomina a la propuesta de Marx, no es sino un instrumento de análisis de la realidad y de la historia, es decir, es tanto una teoría científica sobre la historia como un análisis, hecho desde la óptica de las relaciones materiales y económicas, de los rasgos peculiares del modo de producción capitalista, análisis cuyo fin último no es otro que el de mostrar sus propias contradicciones y el modo efectivo de superarlo. Por ello puede ser entendido como una teoría sobre tres fenómenos humanos estrechamente interconectados: la economía, la sociedad y la historia. En estas tres dimensiones de la vida humana existe una misma clave explicativa y un mismo motor: la contradicción y la lucha de clases.

Según Marx, una sociedad es un organismo vivo y, por tanto, sometido a cambios, y hay que verla como algo que evoluciona históricamente. En la estructura de cualquier sociedad señala dos aspectos importantes:

- una infraestructura económica, base de la sociedad, constituida por las fuerzas productivas (trabajadores, empresarios, herramientas, etc.) que intervienen en la producción y por las relaciones que se establecen entre ellas.
- una superestructura jurídica, política e ideológica que configura la conciencia de una sociedad.

Hacer una reconstrucción de la historia sería hacer una historia de la economía, en un sentido amplio. El elemento determinante de la historia es la estructura económica de la sociedad. Todo lo demás es una sombra o reflejo de ella (la ciencia, religión, derecho, etc.) Para el materialismo histórico de Marx, es la vida material la que produce la conciencia y no al revés, como mantuvieron la mayoría de los filósofos anteriores. Marx se opone al papel tradicional que la filosofía ha jugado como elemento propio de la supraestructura ideológica: justificar y ocultar las condiciones materiales en la que viven los seres humanos. Por ello, su propuesta filosófica pretende ser práctica, revolucionaria, pues la “pura teoría” no tiene ninguna incidencia en la vida concreta de los seres humanos.

Marx, al igual que Nietzsche, critica también la función alienante que cumple la religión en la sociedad, aunque, para Marx, ésta también es un instrumento de opresión y no la enfoca como una práctica antivital, como afirmaba Nietzsche. En definitiva, Marx se mostró mucho más sensible que Nietzsche ante las condiciones inhumanas en las que vivían muchas personas en esa época.

Y es que no encontramos en Nietzsche una propuesta dirigida al cambio social, a la revolución política. Para Nietzsche, desde la óptica de su crítica a las raíces de nuestra cultura, los nuevos valores que representaban los movimientos obreros también eran despreciables y propios de la “moral del rebaño”, pues, entre otras cosas, mantenían la igualdad de los hombres. Para Nietzsche, por el contrario, el nuevo tipo de hombre que simboliza el superhombre es amante de las diferencias, de la jerarquía y es que el elitismo de Nietzsche es una forma de nostalgia por los valores de una cultura aún no “domesticada” por la racionalidad.